

El respeto del Papa a la mujer

Nuria Chinchilla



Una versión adaptada de este artículo fue publicada en "La Vanguardia", 07/04/05.



Documento original:
Hombre y mujer, colaboración sin antagonismos
Año: 2005

Juan Pablo II ha rescatado para todos la maravillosa igualdad en la diferencia. Ha vuelto a destacar la belleza e importancia de la maternidad y de la mujer en la familia en colaboración recíproca siempre con el varón, claro está. Ha descubierto además que gran parte de las discriminaciones en la vida social, laboral y personal nacen de ignorar esta realidad.

En algunos de sus escritos y más específicamente en dos de ellos, *Mulieris dignitatem* (1988) y la Carta a las mujeres (1995), se superan dos tendencias aún en boga: la histórica subordinación femenina al varón y la eliminación de las diferencias como garantía de progreso.

El feminismo ha tenido sin duda logros: derecho al voto, educación... pero en otros aspectos ha hecho de la mujer no ya un ser subordinado al varón sino una réplica de él. La mal llamada liberación sexual situó a la mujer en la situación óptima para que el varón pudiera seguir "disfrutando" de ella en casa y además? en la vida laboral. Me explico. La mujer, "liberada" de su realidad maternal ha pasado en muchas ocasiones a ser un buen trabajador que no da problemas. Adaptada perfectamente a la lógica masculina de la empresa. Dedicación y eficacia. Ahí es nada.

En el libro "La ambición femenina. Cómo re-conciliar familia y trabajo" del que soy co-autora con Consuelo León, abordamos esta realidad como un billete de ida y vuelta... con peajes. La vida laboral debe ahora adaptarse con políticas de conciliación porque muchas mujeres -y también algunos hombres- no quieren renunciar a esa otra vida. El feminismo de tercera generación ha fracasado y se impone otro, integrador, también llamado de la complementariedad que comparte muchas de las tesis de Juan Pablo II al respecto.

La antropología feminista radical, además de las consecuencias evidentes que tiene en la misma estructura de la familia -a la que se intenta desprestigiar como núcleo de vida y amor compuesto por un hombre y una mujer- ha provocado también un gran descontento en otros ámbitos: social, cultural, laboral y afectivo. Empiezan a surgir voces, no precisamente de procedencia o inspiración cristiana, que reclaman "el derecho a la diferencia". En definitiva, igual dignidad pero atención a la verdadera y "natural" diversidad: ser varón o ser mujer.

El Papa siempre habló de la colaboración activa entre el hombre y la mujer. Precisamente en el reconocimiento de la diferencia misma y al abordar el espinoso capítulo del Génesis y de la costilla que narran la creación del hombre y la mujer, destaca aquello que es esencial y concretamente tres aspectos: el ser humano es persona femenina o persona masculina; el cuerpo humano, en su masculinidad o feminidad, está llamado a existir en la comunión y en el don recíproco; y en esa misma relación junto a la riqueza evidente existen lacras o tendencias negativas que hay que corregir y que se traducen también en las relaciones entre los hombres en sociedad y en las relaciones de poder en general: es "él te dominará". La antropología bíblica sugiere afrontar desde un punto de vista relacional, no competitivo ni de revancha, los problemas que a nivel público o privado suponen la diferencia de sexos.

Juan Pablo II ha repetido en diversos documentos y foros que la mujer es experta en esa capacidad de acogida del otro y que su papel es insustituible en la vida familiar y social. Es en la familia donde se plasma el rostro de un pueblo y sus miembros adquieren las enseñanzas fundamentales. En ella sus miembros aprenden a amar en cuanto son amados gratuitamente, aprenden el respeto a las otras personas en cuanto son respetados, aprenden a conocer el rostro de Dios en cuanto reciben su primera revelación de un padre y una madre llenos de atenciones. Cuando faltan estas experiencias fundamentales, es el conjunto de la sociedad el que sufre violencia y se vuelve, a su vez, generador de múltiples violencias. La familia es la primera escuela de virtudes personales, espirituales/sobrenaturales pero también ciudadanas. En ella se desarrollan por tanto competencias imprescindibles para la convivencia y el éxito profesional y social, para la verdadera colaboración social.

Con este papado las mujeres, de un modo paralelo a como han entrado en otras esferas de la vida pública y profesional, han formado parte de comisiones de trabajo en los sínodos y trabajan en el Vaticano. En repetidas ocasiones el Papa ha recordado que ellas deben estar presentes en el mundo del trabajo y de la organización social, teniendo acceso a puestos de responsabilidad que les ofrezcan la posibilidad de inspirar las políticas de las naciones y de promover soluciones innovadoras para los problemas económicos y sociales.

A la vez, al hablar de la nueva realidad en torno a la conciliación trabajo y familia, ha sido él también el que ha instado para que ante este problema se trabaje para armonizar la legislación y la organización del trabajo, teniendo en cuenta las exigencias de la misión de la mujer y del varón dentro de la familia. Para todo ellos se necesita además una justa valoración del trabajo del hogar y en la familia. Si de verdad queremos respetar la libertad, debería existir un marco socioeconómico tal que las mujeres que libremente lo desearan -temporal o definitivamente- pudieran dedicar la totalidad de su tiempo al cuidado de su familia, como verdadera tarea profesional -que lo es-, sin ser por ello estigmatizadas socialmente y penalizadas económicamente. Por otra parte, las que deseen desarrollar trabajos profesionales fuera del hogar, podrán hacerlo con horarios adecuados, sin verse obligadas a elegir entre la alternativa de perjudicar su vida familiar o de padecer una situación habitual de tensión, que no facilita ni el equilibrio personal ni la armonía familiar.

¿Cuándo un Papa o un documento pontificio se había decantado en temas como éstos? ¿No demuestran estas ideas una clara preocupación y un deseo de ofrecer soluciones y presentar demandas verdaderas en el origen y en la vanguardia de los cambios?

Por todo ello, me sorprenden artículos como el de la profesora M. Navarro, publicado el pasado domingo 3 de abril, que aun reconociendo a este Papa el mérito de llevar al debate antropológico la cuestión femenina y abogar por la complementariedad frente a la subordinación, saliendo así del callejón sin salida de la forzada igualdad o igualitarismo; encuentra como principales escollos de la cuestión el no acceso de la mujer al sacerdocio como una forma de discriminación, así como la resistencia desde las perspectivas católica a desvincular procreación de sexualidad. Y es que seguimos contemplando la vida en términos de poder. La tradición, los hechos y el magisterio apuntan a que la importancia -a pesar de la estructura jerárquica de la iglesia- no radica en desempeñar esa función. El sacerdocio es un servicio. Una mujer fue madre de Jesucristo y, sin embargo, Él no quiso para Ella el sacerdocio. ¿Está la dignidad en la función o en la realización de la propia misión? Quizá es ésta la pregunta que deberíamos contestarnos.

Respecto a la sexualidad, es conocida la profundidad con que Juan Pablo II aborda el tema de la corporeidad, del lenguaje del cuerpo. Su libro "Amor y responsabilidad", fue el inicio. Después llegaron otros, de gran calado teológico. También hubo intervenciones memorables ante las cumbres de El Cairo (1994), Pekín (1995) y Nueva York (2000). A pesar de lo que escribe M. Navarro en el citado artículo, Juan Pablo II se ha alineado siempre con los países y las posturas que buscan la paz. Ha sido un heraldo de la Paz y de los Derechos Humanos. Esto lo reconocen personajes públicos de todas las tendencias y líderes de todas las religiones. El Papa ha denunciado la feminización de la pobreza, las mutilaciones genitales, los malos tratos, la instrumentalización del cuerpo femenino en el sucio negocio de la prostitución y la humillación y el drama del aborto, así como las consecuencias en la salud de la mujer de la reiterada ingesta de anticonceptivos.

Y es que la vida y todo lo que a ella se refiere sigue siendo el tema conceptualmente fácil de entender pero difícil de vivir. El asombro ante una nueva vida y la intuición tan común de que detrás de una nueva vida está siempre algo sobrehumano va parejo al deseo de controlar o mutilar esa misma vida cuando no entra en nuestros planes. El Papa en esto ha sido impopular para algunos. Pero no olvidemos que no es éste un tema baladí. Para algunas ideologías Dios es el gran arquitecto, es decir pura razón. Pero esta definición es muy corta, muy pequeña aunque sea parte de verdad. Si fuese sólo así, quizá lo que más le agradaría al veros es que le imitáramos sobre todo en eso: en el uso siempre más excelente de la razón. Pero esto no es suficiente, porque para los cristianos Dios es sobre todo Amor. ¿Y que es el Amor en Dios? Principalmente paternidad, generación, creación. Dios ama y porque ama crea. Al hombre le da también esa facultad casi divina. No lo olvidemos. ¿No será que ese tema es más clave -en nuestra relación con Él- que la inteligencia de la que siempre nos hemos sentido tan orgullosos al definirnos como seres racionales a su imagen y semejanza? Quizás por ello, la defensa de la vida en su inicio y en su fin ha sido la gran batalla de Juan Pablo II y su gran legado.